
Sobre «nacionalismos» y «regionalismos» o los avatares de las políticas literarias metropolitanas

Zulma Palermo
Consejo de Investigación

Es mi propósito en estas disquisiciones colaborar en la reflexión relativa a la construcción LITERATURA ARGENTINA, en tanto construcción elaborada por la crítica literaria a partir de la constitución de la entidad nacional, y a sus correlatos REGIONALES en el seguimiento de su generación en el tiempo, siempre sujeto a proyectos políticos de carácter hegemónico. Es por ello que no se tratará de un análisis de textualidades producidas dentro del corpus general de la Literatura Argentina, ni dentro de demarcaciones pertinentes a ninguna de sus regiones interiores, sino de pensar las condiciones de producción sociopolíticas y discursivas en que esos ambos constructos han sido generados por la crítica y la historiografía literarias.

El primer movimiento de esta reflexión se ordena desde la hipótesis de que la crítica literaria argentina ha sido, en cada uno de los momentos de su producción, copartícipe directa en la reproducción periférica de un capital cultural que ha generado un tipo de reproducción del sujeto social argentino; que éste, a su vez, ha repetido las instancias del discurso hegemónico metropolitano en forma dependiente y con las características del discurso colonizado. Por su parte, el discurso metropolitano ha respondido a las pau-

tas canónicas de los discursos hegemónicos trasatlánticos reproduciendo hacia adentro el mismo modelo sobre las propias regiones interiores.

Es todavía frecuente escuchar -y leer- el discurso de la crítica argentina en la afirmación del nacimiento de su producción con el “Salón Literario”, apegada al modelo “independentista” de corte liberal y con estética “romántica”, con total desconocimiento de la circulación de discursos preexistentes que emergen de esferas socioculturales de muy larga data y tomando en consideración sólo textualidades “letradas”, afirmativas del discurso hegemónico y dependiente de límites políticos tardíos.

A los efectos de revertir esta lectura de la producción literaria argentina, me parece adecuado seguir el camino que abre la sociocrítica actual sostenida en bases transdisciplinarias y con soporte bajtiniano pues supone el estudio de las culturas en la diversidad de enunciados, de usos y de inscripciones sociohistóricas. Se trata de un trabajo que se efectúa en la órbita de una reflexión estética y semiótica al mismo tiempo que sociodiscursiva.

Desde esta política conceptual que toma en consideración fundamentalmente las *diferencias*, es posible iniciar un camino que permita reconsiderar el criterio de Literatura Argentina como unidad absoluta para incorporar el principio de heterogeneidad como totalidad contradictoria (Cornejo Polar, 1987). En principio, toda lectura que busque integrar totalidades desde una perspectiva exclusivamente dialéctica -que descuida el dialogismo-¹ tiende a unificar arbitrariamente, sin tomar en cuenta los fenómenos de innovación pertinentes a cada variante sociocultural, lo que no significa caer en un pluralismo neutralizante.

La constitución de la Literatura Argentina se ha efectuado desde aquel principio totalizador, apegada al patrón político y cultural rioplatense, respondiendo a la abstracción de una Argentina unívoca, regida por la relación dialéctica civilización/barbarie. Esta atraviesa las construcciones literarias en su diacronía, anulando las contradicciones -que no son oposiciones- provenientes de culturas anteriores, de sustrato aborigen, con pertenencia a troncos históricos previos a la formación del Virreynato del Río de la Plata y que la cohesionan con las producciones latinoamericanas.

Quiero decir que, desde el presente, es posible construir desde las cadenas de relaciones dialógicas² entre las distintas prácticas discursivas que nos llegan del pasado, el sentido de pertenencia, según veremos más adelante.

Esto implica, simultáneamente, revisar el campo de las textualidades literarias para incorporar en él las no canónicas, las consideradas -desde ese marco epistémico- como “documentales” o “subliterarias”. El estudio de la oralidad, de documentos y epístolas, diarios de viajeros y textos de evangelización para las etapas iniciales. Las textualidades llamadas marginales: historietas, graffitis, clips, textos icónicos, cine, folletines, etc. para la modernidad. Por lo tanto, la variedad, la diversidad y la hibridación de códigos que, en gran medida, se incorporan y filtran también en las producciones de la literatura canónica.³

Por lo tanto, el objetivo primero es incorporar en el estudio de los textos y de los cuerpos textuales una dinámica interdiscursiva que ponga en relación dialógica prácticas socioculturales diversas y que se orienten a la construcción de una historia literaria argentina (y latinoamericana) que incorpore la contradicción como base de una provisoria homogeneidad.

La construcción teórica que propongo proviene, entonces, tanto de la llamada “semiótica de la cultura” y su prolongación sociocrítica (Cros, Angenot, Malkuzynski, entre otros) como del cuerpo reflexivo que se elabora en el espacio latinoamericano, cuyas propuestas iniciales se encuentran en los escritos de Antonio Cándido, A. Rama, Antonio Cornejo Polar y que siguen siendo desarrolladas por Ana Pizarro, Walter Mignolo, Ricardo Kaliman, Guillermo Mariaca, entre otros.

El segundo movimiento se ordena a revisar los modelos históricos de una crítica que, haciendo caso omiso de esa heterogeneidad, homogeneiza la producción altamente diversificada del espacio argentino, asimilando al patrón metropolitano todas las textualidades coexistentes en un mismo momento de producción. Al no tomar en consideración que las textualidades literarias son una praxis social entre otras -de las que son emergentes privilegiados- y que dan cuenta de las características diferenciales de sus conflictos interiores, los textos no metropolitanos se leen, generalmente, como producciones anacrónicas o como fenómenos “asincrónicos” y, por lo tanto, epigonales por relación con los modelos metropolitanos.

Esta toma de posición trae importantes consecuencias en la configuración del mapa literario nacional, ya que produce un movimiento segregacionista, es decir, delimitador por categorizaciones, entre las que surge la peligrosa discriminación “regionalista”⁴. La crítica, no sólo la que apoya al aparato de mercado,

sino también la académica, colabora en la configuración del circuito de comercialización del libro centralizado en la metrópoli. La convergencia de todos estos factores circunscribe la producción de textualidades no metropolitanas a los estrechos márgenes de circulación local. El aparato oficial, por su parte, separa también “premios nacionales” y “premios regionales” marcando en esta categorización un criterio valorativo que “escalafona” según una tipología definitoria del sistema hegemónico.

Por lo hasta acá expuesto, es dable constatar que propongo efectuar una revisión de los criterios ordenadores del sistema literario argentino y del campo mismo de la “literatura” en tanto tipos textuales que lo conforman, pero también -y sobre todo- de participar en la constitución de una crítica que privilegie los problemas que se sitúan en la articulación entre la sociedad y la literatura. Porque *las definiciones en este campo (no sólo) se asocian productivamente dentro de proyectos más amplios (como pudieran ser los relativos al carácter de nuestras sociedades y de su producción simbólica), e inclusive están en aptitud de vincularse con asuntos de implicancia política bastante directa (como sería el análisis de las formas que adopta la dominación en el campo de la cultura), sino también, y sobre todo, se trata de una visión centrada en los objetivos específicos de la crítica, porque no parece posible comprender la literatura al margen del proceso social del que emerge y sobre el cual se revierte* (Cornejo Polar: 1982, 34).

La unidad nacional de la literatura argentina

La construcción de la Literatura Argentina se produce a partir de la necesidad de configurar un principio de “identidad” nacional, para lo cual se hacía imprescindible buscar pautas de homogeneidad a partir de la índole heterogénea de la realidad y de la cultura del país, reduciendo esa diversidad a una categoría que permitiera hablar de una literatura nacional argentina. *De este modo, la complejidad del imaginario nacionalista -un vasto campo de símbolos, imágenes y discursos- se reduce a la sola dimensión ideológico-política* (Alvarado, 1992:142).⁵

Ello ha significado, en el transcurso del tiempo, la segregación y la mutilación, de la que hablaba más arriba, de gran parte del corpus real de producción

en el territorio, su desvinculación de los troncos históricos previos a la organización nacional y la desvalorización por epigonal, asincrónica y “regionalista” de las textualidades producidas por sectores no hegemónicos pautados por la producción central.⁶

La búsqueda de la unidad determina, entonces, la actividad de la crítica y de la historiografía literaria nacionales desde el modelo de las historias de las literaturas europeas que enfatizaban la unidad de su objeto⁷. En el caso del corpus que acá interesa, no se podía efectuar esa reducción sino negando las producciones preexistentes, no sólo a la constitución de la nación, sino también de aquellas que emergían de los sectores populares. Cuando la crítica incorpora estas textualidades, lo hace por presión de un tipo discursivo particular: el gauchesco, que si bien en un primer momento significó la emergencia de la voz de un sector marginal de conjunto social, no tardó en ser apropiado por el discurso hegemónico oficial. Con él habría de vincularse el “nativismo” ordenador de una forma canónica y productor de una línea que tiene indudables presencias en distintos ámbitos del país y que -en el tiempo- vino a cubrir con su máscara las expresiones auténticamente populares de las regiones interiores. Lo que se reconoce nacional e internacionalmente como “literatura popular” argentina - desde la promoción y consagración por la crítica oficial- fue y sigue siendo la literatura gauchesca (definitivamente incorporada al canon) y -como concesión desde un reconocimiento a lo “popular”- la letra de tango.

La presencia del nativismo en el contexto de la producción nacional recondiciona a la producción de las regiones interiores del país que se sienten impelidas a dar cuenta de sus peculiaridades culturales como visión del mundo, poniendo en texto usos y costumbres, mimetizando la oralidad y acriollando las tematizaciones desde el canon metropolitano. La variable cultural propia de cada circunscripción repite el modelo hegemónico; la necesidad de reconocimiento por la metrópoli condiciona a los escritores y las textualidades acallan procesos autonómicos que den cuenta de sus propias circulaciones socio-culturales. El tipicismo, el criollismo, el telurismo, se inscriben inveteradamente en vigencias que transitan la producción hasta nuestros días.

El éxito de este tipo de producción da como consecuencia la circulación comercial de las letras folklóricas que privilegian las formas criollistas, que idealizan y enmascaran las condiciones sociales del medio o que, por la denuncia,

mistifican en otro sentido; las voces se hacen paternalistas, la visión del otro sigue separada y se asume la defensa con pretensiones salvacionistas. Esa voz del otro se lee más bien como una ausencia, como un gran silencio sólo a veces entrevisto como rumor infiltrado en los textos.

Del mismo modo, la presión del discurso oficial y las peticiones de la crítica, llevan a escamotear formas discursivas de sectores sociales que el discurso hegemónico “esconde”: me refiero a las comunidades aborígenes que perviven en algunas parcelas del país -NOA y NEA- y que el conjunto de la sociedad -atravesada por el discurso metropolitano- niega⁸. Sólo en situaciones críticas de salubridad u otras similares, la sociedad nacional en su conjunto reconoce su existencia; pero reacciona por la vía del discurso del oprobio, del temor, para operar con nuevas estrategias discursivas de marginación. Aún en estos tiempos, la manipulación de los discursos producidos por los medios, del discurso social y de los sectores de poder social y político condicionan en gran medida a aquellos propios de las textualidades literarias alternativas (Lienhard, 1992): algunas páginas de circulación local dialogizan con estas voces de la marginalidad, pero no tienen incidencia alguna en la formación del sistema en su conjunto.

Estas operaciones tienen, sin duda, carácter ideológico pues reproducen y convalidan el orden y la jerarquía de la sociedad argentina, a la vez que tientan a las textualidades literarias a “universalizar” el canon de la cultura dominante. Y esto no sólo en lo que hace al olvido de sistemas no privilegiados (popular, en lenguas nativas), sino también al desprestigio de formas consideradas como “superadas”; la novela de “tema” frente a la novela “metatextual”, la persistencia de formas genéricas frente a su dilución, entre otras. Estas son las cuestiones que se aproximan a los criterios de valorización que, a la vez que exigen notas “regionalistas”, desacreditan por falta de apropiación de las últimas innovaciones metropolitanas que van convalidando la hegemonía en el tiempo y, dentro de las innovaciones, de las últimas propuestas de “transgresión”.

Reconceptualización del constructo “región literaria”

Vemos, entonces, que el constructo “literatura argentina” -si bien permite determinar un corpus relativamente autónomo y homogéneo- ofrece una serie de problemas de orden teórico y metodológico que se hace necesario despejar. Ese espacio, entendido como “literatura nacional” se hace inteligible desde la homogeneidad; pero *se encuentra constantemente sometido a una doble y contradictoria objeción: si desde determinadas perspectivas puede juzgársele excesivamente amplio, pues deja sin examinar las variantes intranacionales, desde otros puntos de vista, ciertamente contrarios, se le percibe más bien como una categoría demasiado analítica, incapaz -por esto- de conformar una totalidad suficiente* (Cornejo Polar, 1982: 69).

Se trata, acá, del doble movimiento de interrelación entre una literatura nacional y otras literaturas que ofrece una entidad mayor (cual es la situación de la Literatura Argentina en el contexto de la Latinoamericana) y de la conformación interior de una literatura nacional, que no da cuenta de sus múltiples variaciones. En el caso que nos ocupa en estas páginas, los estudios literarios han ignorado sistemáticamente los contactos posibles entre la producción de este espacio textual con la de los otros países latinoamericanos, operando más bien contrastivamente con la producción europea de la que ha adoptado los modelos canónicos en el sistema oficial. Es así válida la formulación de Cornejo Polar, ya que el constructo ignora las redes de posible vinculación intranacional, salvo en momentos de expansión internacional, como el modernismo o el boom de la narrativa hispanoamericana que conforma una particular homogeneidad de la pauta canónica sólo con variantes tematólogicas pero no de los formantes textuales (Palermo et al., 1989). Es decir, no busca efectuar el necesario y estimulante trabajo contrastivo entre las producciones nacionales del subcontinente, a la vez que homogeneiza desconociendo las contradicciones propias de la construcción “literatura nacional”.

Surge de inmediato el problema de la *regionalización*, cuestión que constituye un debate ya longevo, pero que se presenta todavía como irresuelto. Toda formulación en este sentido se propone como un constructo intelectual que obedece a una serie de presupuestos: ideológicos, políticos, geográficos, económicos y -en muchos casos, en lo que hace al debate literario- subjetivos. Intento

acá realizar un análisis que ponga en juego algunas de estas variables no con el propósito de despejar la cuestión, sino sólo de abrir el campo y posibilitar una reformulación del constructo.

En primer lugar, es necesario dejar establecido que cuando se utiliza el término *región*, y se lo acota con el atributo “literaria”, se produce un recorte de un campo mayor: el de la cultura. En el criterio que acá se viene utilizando -en tanto se entiende a la literatura como una producción sociocultural- es un emergente de las variaciones de esta índole en cuerpos textuales a determinar. Esto significa que se hace imprescindible despejar el campo de trabajo de conceptualizaciones previas, de vaciar al lexema de sus cargas semánticas y de realizar el intento de propiciar un proceso de resemantización que debería entenderse como dinámica, es decir, con posibilidades de transformación en el tiempo. Dichas transformaciones responderían a la dinámica de las sociedades, entramadas en los textos, y a las transformaciones concomitantes de las teorías y las prácticas críticas.

Explicitando así el marco de base, partimos de la hipótesis de que todo estudio que se orienta a sistematizar cuerpos textuales procede por una acotación del campo de trabajo. Es así que, cuando se construyen corpus tales como “literatura continental”, “literatura andina” o “literatura caribeña”; “literatura del NOA” o “del litoral” (otro tanto ocurriría con la pretendida “literatura universal”), se procede por delimitaciones que responderían, de una u otra manera, a ciertos principios de regionalización, en los que priva tanto la opción geopolítica como la ideológica.

En todos ellos la delimitación se realiza desde la oposición centro/periferia, en la que el lugar central es ocupado por el espacio textual del área privilegiada y el resto conforma lo periférico. No obstante, es importante observar que -como lo propone la Teoría del Polisistema (Even-Zohar, 1978a)- la relación entre ellos puede invertirse, condicionada por diversos factores entre los que resultan altamente significativos los que se producen por contactos dependientes. Si bien no es éste el momento de dar cuenta de la particular situación de la Literatura Argentina y su constitución por el cambio de tipo de contacto con la producción europea, es interesante acotar que el movimiento no es progresivo, sino que queda sujeto a los vaivenes del discurso hegemónico en los distintos momentos de su conformación.

Propongo, entonces, un recorrido por los diversos criterios con los que se perfila el constructo, todos los cuales circulan en simultaneidad en el espacio intelectual y en las diversas esferas disciplinares. En efecto, el espacio que estudiamos puede ser concebido como:

Espacio semiótico. La oposición misma centro/periferia da cuenta de una circunscripción del espacio. La cuestión radica en revisar la idea de espacio: no se trataría, en nuestro caso, del espacio como “escenario”, como un lugar en el que se mueven “actores” desarrollando acciones condicionadas por la naturaleza, sino más bien, como quiere Lezama Lima de una relación dialéctica con ella. Desde nuestro marco conceptual, en una interacción dialógica y, por lo tanto, dinámica, como una “función” de las prácticas sociales; dicho de otro modo, como un espacio semiótico.

Espacio subjetivo. Surge, inmediatamente, la necesidad de despejar el campo de la “subjetividad”, es decir, de la participación del investigador en el mismo objeto que se estudia. En este sentido, la carga semántica del constructo *región literaria* ha quedado resentida por la defensa acalorada de los escritores no metropolitanos desde su propio lugar de producción en el ámbito latinoamericano, tal como quedara planteado en el primer debate regionalista⁹ o como, en nuestros días, sigue funcionando en la producción ensayística de muchos escritores de la “periferia” argentina; la “región vivida” con reminiscencias tolstoianas: “pinta tu tierra y pintarás el mundo”. Estas manifestaciones, comprensibles en el sector de los productores que sienten la marginación a la que los somete el sistema central, no pueden ser orientadoras de la tarea de reflexión teórica.

Dicha reflexión teórica parte, entonces, de la realización de un emprendimiento a concretar en el tiempo, como decía más arriba, como un proceso dinámico y flexible. No obstante, el sujeto que busca construir el nivel conceptual puede estar determinado ya sea por factores técnicos o políticos o por factores de índole ideológica (Cfr. Kaliman, 1993). En el primer caso, el constructo región está en cierta medida condicionado por un proyecto ya sea de puesta en práctica de cierto orden de propuestas modelizadores del conjunto textual: ordenamiento en función de ciertas prácticas de homogeneización (como incorporar en la región NOA a la provincia de Córdoba, produciendo un reordenamiento del mapa nacional). O de concretar acciones de “reconocimiento” -garantizadas por el aparato oficial-

con planes de difusión de las producciones no metropolitanas por escritores rioplatenses reconocidos por la crítica hegemónica en los lugares de origen de los autores y de las textualidades. Se crea así la ilusión de que quedan convalidados e incorporados al sistema general.¹⁰

Sin duda, estas operaciones tendientes al ordenamiento y sistematización de los espacios literarios no se producen *per se* y aisladamente, sino que responden a modelos ideológicos de un proyecto mayor y que se vehiculiza a través de políticas culturales y/o educativas. En este sentido, resulta bastante difícil separar los sujetos ideológicos de los políticos o técnicos. No obstante, *se haría necesario practicar esta distinción teórica, para incluir aquí aquellas propuestas sustentadas en criterios poco explícitos (y cuyos objetivos reales no son declarados y a veces ni siquiera son plenamente conscientes)* (Kaliman, 1993). Es posible determinar que, en muchos casos, ciertas posturas defensivas de la literatura de microregiones interiores a la nación, emanadas de la “pasión” por lo propio -como en la ensayística a la que más arriba hacía referencia- convalide y homologue proyectos hegemónicos como ocurre con el criollismo y el nativismo a ultranza. Gran parte de la crítica argentina -y aún algunas propuestas teóricas -como la tipificación “regionalismo interior” vs. “regionalismo exterior” (Serra, 1980)- efectúan, desde su “cientificidad”, este movimiento convalidador.

Espacio “objetivado”. De todos modos se trata, en estos casos, de sujetos sociales que operan desde un tipo de pertenencia ya sea ésta subjetiva, política o ideológica. Significaría, para nuestra propuesta, intentar una “objetivación” del campo de trabajo con el fin de permitir mayor claridad operativa, en un primer momento, para dilucidar los presupuestos que sostienen a los discursos críticos vinculados a los espacios interiores argentinos, tanto en su análisis diacrónico como en su perspectiva presente. En esta línea se inscribe una propuesta como la de Eduardo Romano (1991) en su análisis del discurso crítico hegemónico en Argentina, al operar la lectura diacrónica de un texto nativista. La posibilidad de revisar el constructo “región” permitiría relativizar, en primer lugar, las bases “intuitivas” del sentimiento de pertenencia que se consolida desde las tradiciones localistas en el ámbito del trabajo intelectual, al posibilitar la construcción de corpus textuales leídos como prácticas socioculturales e ideológicas y, por lo tanto, intrínsecamente relacionadas con los procesos históricos.

En lo que hace al constructo “literatura argentina” -entendido como un espacio regional- según fue explicitado más arriba, se trata de una operación relativamente sencilla en cuanto se generan criterios de homogeneización desde la pauta canónica; no lo es tanto, en cambio, en lo relativo a los corpus procedentes de los espacios interiores. El principio circulante en el discurso crítico latinoamericano sobre la “unidad en la diversidad” no se hizo operativo, ya que la “unidad” se sigue fundando en criterios metropolitanos, vinculantes con las normas de las vanguardias trasatlánticas que condicionan ciertas “modas” escriturales a contrapelo de los estadios discursivos propios de las diversidades culturales de los espacios interiores. Así, en estos tiempos “deconstruccionistas” y “posmodernos”, la presión ejercida por el nuevo discurso hegemónico desde los sectores políticos, artísticos, académicos y de los medios de información, obliteran la construcción de entramados textuales con pregnancia histórica, vuelven a los textos sobre los textos y, una vez más, desautorizan a las producciones atravesadas por otras formas discursivas como las que circulan en los sectores no hegemónicos de las culturas no metropolitanas, incluyendo en ellos los textos de la oralidad.

Es precisamente en estos tipos textuales alternativos en los que se manifiesta la diversidad, que podría incluso ser considerada como una forma fuerte de transgresión de los cánones provistos para la homogeneización. La tensión unidad/diversidad plantea una particular contradicción entre la propuesta teórica emergente de una percepción de la realidad sociocultural e histórica produciendo un efecto dialéctico. Se hace necesario entonces, transitar hacia una posición dialógica que permita operar desde el entrecruzamiento, desde la alternancia y no desde la polarización.

Espacio de las formaciones socio-históricas. Para ello, se requiere tomar criterio con respecto a los ejes determinantes de la circunscripción de los espacios interiores. Más allá de aquellos condicionantes geográficos que predeterminan toda configuración de esta naturaleza, se nos presenta como vector prioritario el de las formaciones socio-históricas. Desde acá es posible mantener un principio unificador para las situaciones continentales y nacionales y, simultáneamente, operar desde las diferencias de los microespacios no metropolitanos. Es indudable que, si desde el punto de vista de la organización de las naciones, los procesos históricos globales son unívocos, en lo relativo a los efectos de esos procesos, éstos no son homogé-

neos en toda la extensión de un país. Los “momentos decisivos” -como lo postula Losada (1985) siguiendo a A. Cándido- unifican y, al mismo tiempo, desarticulan. Son estas situaciones diferenciales -en el tiempo- las que permitirían un principio de diversidad.

El vector socio-histórico permite, además, considerar el “tiempo largo”, cuestión sumamente importante en el ámbito latinoamericano, ya que retrotrae la constitución de las regiones a épocas anteriores no sólo a las organizaciones nacionales, sino a los de la conquista española y portuguesa. De este modo, uno de los factores preponderantes en la construcción de una historia socio-cultural, se vincula con la participación en un pasado común, con problemas similares de supervivencia, explotación y núcleos de concentración de poder, lo que presuppone también, un perfil de expectativas compartidas.

Una investigación en curso (Palermo et al., 1993-99), relativa a la configuración del proceso literario en Salta dentro del NOA, y como microespacio de los Andes Centromeridionales, nos permite en este momento efectuar un rastreo de las textualidades no canónicas en las que se va configurando un espacio “regional” complementario del proyecto nacional, al dar cuenta de formas discursivas que, entramando los discursos alternativos al hegemónico, marcan la presencia de una periferia móvil en el tiempo largo (Altuna, 1993). Es desde acá que se haría posible la configuración de un criterio diverso de regionalización que posibilitaría un ordenamiento tanto nacional como continental de las literaturas latinoamericanas que contemple, al mismo tiempo, las diferencias y los contactos entre corpus y tipos textuales.

Espacio pre-configurado. El problema que se pone en evidencia, de inmediato, surge del hecho de que en una investigación como la presente se parte de un constructo previo: la región aparece preconfigurada desde el momento en que se indaga un corpus delimitado a priori: los textos producidos en el NOA o sobre el NOA, con lo que la hipótesis queda, desde el principio, acotada. Se trata, más bien, de partir de un cuerpo textual que involucra a un sector socio-cultural de la literatura argentina y latinoamericana¹² que coincide con un espacio político argentino considerado tardío y, a partir de él, efectuar las operaciones, en primer lugar, de análisis discursivo en relación con los procesos histórico-sociales que constituyen sus “condiciones de producción”; luego, de operar desde los contactos con corpus mayores -tanto nacionales como supranacionales- para finalmente llegar a

construir los criterios de región emergentes de las textualidades. Estos, en consecuencia, se pueden perfilar cambiantes en el tiempo en correlación directa con los distintos polos centralizadores que van constituyendo las mutaciones del discurso hegemónico oficial.

Esta forma de trabajo resulta particularmente interesante y productiva en los espacios de cultura de frontera como es el NOA, espacio de tránsito e intercambio comercial y discursivo desde tiempos muy anteriores a la conquista, con proyectos propios después de la organización nacional y hasta nuestros días en los que la búsqueda de una vía hacia el Pacífico para las transacciones de comercio exterior, el achicamiento de las posibilidades de producción con los altos costos que genera el transporte, la presencia de una población “golondrina” proveniente de países limítrofes y el acrecentamiento de políticas internacionales desde la metrópoli (que, por un lado, producen una nueva concentración del poder en la zona portuaria del litoral y, por otro, incentivan conductas xenofóbicas), producen una particular encrucijada socio-cultural en esta zona de frontera.

Situaciones como ésta resultan promisorias para la configuración de una propuesta de transformación de los estudios literarios que abre múltiples vías: operando desde las configuraciones cronotópicas (Bajtín, 1989) es decir, poniendo en funcionamiento el cruce de tiempo y espacio propiamente discursivo en los textos, el reordenamiento de los espacios regionales puede producirse en simultaneidad al de los criterios de periodización. Al mismo tiempo que se construyen nuevos ejes de homogeneización -esta vez entendidos como dinámicos- se perfila la heterogeneidad dentro de las contradicciones propias de la variedad sociocultural de las literaturas latinoamericanas.

Sin duda, para que una propuesta de esta naturaleza puede tener validez general, se hace necesario generar proyectos interregionales que se orienten a delimitar sus propios campos de trabajo, desde cuyos resultados se haría posible la generación de estrategias contrastivas a otro nivel, a partir de allí se podría configurar otro perfil de las literaturas nacionales, supranacionales y sudcontinentales que den cuenta de esa “totalidad contradictoria” que configura esa producción.

Dicho de otro modo: el criterio de homogeneidad puede ser visto en

su variabilidad en el tiempo en las transformaciones propias de cada microespacio histórico-socio-cultural y en la continuidad de sus límites más allá de fronteras preestablecidas. Todo ello sobre la base de una metodología de base contrastiva y dinámica.

Sabemos que no es tarea fácil modificar premisas consolidadas desde los comienzos de la constitución del espacio literario latinoamericano y argentino. Por eso me pareció importante formalizar estas indagaciones en sus diferencias con los patrones instituidos. Quiero aportar así a la resolución de una de las cuestiones que me parecen más urgentes: la de una ética de la “actividad crítica”. Pues *...sin duda, el dinámico proceso de recomposición de identidades individuales y colectivas es uno de los rasgos característicos del tránsito en el que se encuentran las sociedades y las culturas en la actualidad. Estas nuevas realidades exigen en los investigadores un esfuerzo suplementario para describir, concretamente, las mutaciones e hibridaciones del sentido de pertenencia* (Alvarado, 1992: 160).

Notas

- ¹ El concepto de dialogismo, ampliamente desarrollado desde la teoría bajtiniana, no se interpreta acá como una simple puesta en diálogo, como la condición interactiva de «voces» cuyo entramado pone en presencia complejos ideológicos, «visiones del mundo» distintas en los enunciados textuales. *La noción de dialogicidad promueve un desplazamiento epistemológico que franquea las oposiciones, aparentemente irreconciliables de términos como identidades subjetivas versus identidades colectivas* (Alvarado, 1992: 150)
- ² Entiendo aquí a lo dialógico como una noción sociocrítica que no se confunde con la instancia conversacional gadameriana en la que se produce una fusión de horizontes de los sujetos participantes. Al contrario, se trata de una lectura de las diferencias, de un rechazo hacia lo indiferenciado (Godzich, 1933)
- ³ Textos actuales, incorporados al sistema de la «alta literatura» como La Argentina en pedazos de Ricardo Piglia (Sudamericana, 1993), dan cuenta de ese proceso «transculturador» (utilizo este término en el sentido que le da Angel Rama, 1982)
- ⁴ Acuerdo con Aníbal Ford (1988) en que el término «regionalismo» es descalificante. Junto a él «literatura regional» y todo el conjunto léxico de él derivado. Es necesario producir un proceso de resemantización o abrir un nuevo campo lexemático acorde

construir los criterios de región emergentes de las textualidades. Estos, en consecuencia, se pueden perfilar cambiantes en el tiempo en correlación directa con los distintos polos centralizadores que van constituyendo las mutaciones del discurso hegemónico oficial.

Esta forma de trabajo resulta particularmente interesante y productiva en los espacios de cultura de frontera como es el NOA, espacio de tránsito e intercambio comercial y discursivo desde tiempos muy anteriores a la conquista, con proyectos propios después de la organización nacional y hasta nuestros días en los que la búsqueda de una vía hacia el Pacífico para las transacciones de comercio exterior, el achicamiento de las posibilidades de producción con los altos costos que genera el transporte, la presencia de una población “golondrina” proveniente de países limítrofes y el acrecentamiento de políticas internacionales desde la metrópoli (que, por un lado, producen una nueva concentración del poder en la zona portuaria del litoral y, por otro, incentivan conductas xenofóbicas), producen una particular encrucijada socio-cultural en esta zona de frontera.

Situaciones como ésta resultan promisorias para la configuración de una propuesta de transformación de los estudios literarios que abre múltiples vías: operando desde las configuraciones cronotópicas (Bajtín, 1989) es decir, poniendo en funcionamiento el cruce de tiempo y espacio propiamente discursivo en los textos, el reordenamiento de los espacios regionales puede producirse en simultaneidad al de los criterios de periodización. Al mismo tiempo que se construyen nuevos ejes de homogeneización -esta vez entendidos como dinámicos- se perfila la heterogeneidad dentro de las contradicciones propias de la variedad sociocultural de las literaturas latinoamericanas.

Sin duda, para que una propuesta de esta naturaleza puede tener validez general, se hace necesario generar proyectos interregionales que se orienten a delimitar sus propios campos de trabajo, desde cuyos resultados se haría posible la generación de estrategias contrastivas a otro nivel, a partir de allí se podría configurar otro perfil de las literaturas nacionales, supranacionales y sudcontinentales que den cuenta de esa “totalidad contradictoria” que configura esa producción.

Dicho de otro modo: el criterio de homogeneidad puede ser visto en

con los desarrollos que venimos ejecutando.

- ⁵ Trabajo acá con el constructo *imaginario social* según León Pomer: *un complejo o conjunto de ideaciones y representaciones que se elabora sobre el pasado, presente y futuro por parte de los teóricos de la nación y que se proponen a la sociedad a fin de que diferentes estratos sociales las adopten y de ese modo lograr que una sociedad heterogénea encuentre allí una poderosa soldadura*. Pero al mismo tiempo, circulan valores, símbolos, conductas, hábitos, ilusiones, visiones del mundo y del propio grupo, mitos, prácticas religiosas, mentalidades (Diario El Tribuno, mayo, 1987). De ello se desprende la existencia de formas discursivas en las que se entrama el «imaginario oficial» y de un «imaginario alternativo» constituyendo interacción dialógica (Cfr. Castoriadis, 1993)
- ⁶ Tomo el criterio de literatura/discurso hegemónico en el sentido de Angenot (1984)
- ⁷ Esta actitud proviene, en el caso que nos interesa, del prestigio de la escritura en detrimento de la oralidad impuesta por el pensamiento de la modernidad y ejecutada a través de políticas educativas que operan para consolidar la unidad nacional sobre la base de la unidad lingüística, el trabajo continuo para borrar las variables dialectales y la supresión de lenguas aborígenes en beneficio de la lengua oficial (o nacional), sublimada creativamente por la lengua literaria, ha sido permanente. La literatura gauchesca y las variantes regionales de corte criollista escapan a esta operación.
- ⁸ Los trabajos de Cornejo Polar y Martín Lienhardt, en su conjunto definen una toma de posición teórica e ideológica importante para el desarrollo de esta línea en el análisis de la literaturas alternativas.
- ⁹ Se trata, en Argentina, del movimiento orientado H. Quiroga.
- ¹⁰ Se trata de la campaña desarrollada durante 1993 por la Secretaría de Cultura de la Nación para el «intercambio cultural» centrada en la metrópoli. Durante ella, algunos escritores residentes en Buenos Aires dictarían conferencias sobre escritores «provincianos» en sus ciudades de origen y un par de ellos fueron trasladados a la Capital con el mismo fin. Por tanto, se trató de un movimiento prácticamente unidireccional ya que el flujo quedó concentrado en Buenos Aires y para un grupo reducido de los mismos provincianos residentes en Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado, Ramón

1992 «Nacionalismo, lenguaje e identidad colectiva», *Versión*, 2 (abril: 141-162).

Angenot, Marc

1984 «L'inscription du discours social dans le te littéraire», *Sociocriticism*, 1, (julio): 53-82.

Bajtín, Mijail

1989 *Estética y teoría de la novela*, Madrid: Taurus (Trad. de H.Kriúkova y V. Cazcarra).

Bueno, Raúl

1986 *Escribir en Hispanoamérica*, Lima-Pittsburg: Latinoamericana Ed.

Castoriades

1993 *La Institución Imaginaria de la Sociedad». Vol.2: El Imaginario social y la institución*, Bs.As.: Tousquets.

Cornejo Polar, Antonio,

1982 *Sobre literatura y crítica latinoamericana*, Caracas, Univ. Central de Venezuela.

1987 “La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias», Ana Pizarro (comp.), *Hacia una Historia de la Literatura Latinoamericana*, México: El Colegio de México, 123-131.

Cros, Edmond

1986 *Literatura, ideología, sociedad*, Madrid: Gredos, 1986.

Even-Zohar, Ithamar

1978 «Universals o Literary Contacts», *Papers in Historical Tales*, Tel Aviv: 47-53.

Ford, Aníbal

1988 *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Buenos Aires: Puntosur.

Godzich, Wlad

1993 «Del trance gnoseológico a la praxis post-revolucionario. Bajtin y las interacciones interculturales», *Criterio*, (julio). Edic. especial VI Encuentro M. Bajtin: 53-64.

Kaliman, Ricardo

1993 “Sobre la construcción del objeto en la crítica literaria latinoamericana», *RCLL*, XIX, 37: 307-318.

Lienhard, Martin

1992 *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social. A. Latina (1492-1988)*, Lima: Horizonte, 3a Edic.

Losada, Alejandro

1985 “La historia social de la literatura latinoamericana», *Homines*, 9; 1-2: 107-114.

Malkuzinski, Pierrette

1992 *Entre-Dialogues avec Bakhtin ou Sociocritique de [dé] raison polyphonique*, Amsterdam-Atlanta: Rodopi.

Palermo, Z. et al.

1993 *Procesos de constitución de la literatura de Salta. Parte I y II*. Consejo de investigación, Univ. Nac. de Salta, 1993.

Pizarro, Ana (Comp.)

1985 *La literatura latinoamericana como proceso*, Bs. Aires, CEAL, 1985.

1987 *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México: El Colegio de México.

Rama, Angel

1982 *Transculturación narrativa en A. Latina*.

Romano, Eduardo

1991 *El nativismo como ideología en el «Santos Vega» de R. Obligado*, Bs. Aires: Biblos.

Serra, Edelweis

1980 “La investigación de la Literatura Argentina desde la perspectiva regional», *Actas Simposio de Literatura Regional (1978)*, Salta: UNSa: 56-63.